

**T. KURI
KAVERI**

A JE LE ARRANCAN LA MUELA DEL JUICIO

(fragmento)

Cuántas veces volverá a empezar el tiempo. Nuestros padres hicieron girar el cuadrado y eligieron al azar en la serie infinita un punto cualquiera para establecer el primer día del primer mes del primer año del primer ciclo de la primera era de la primera vez en que se contaba el tiempo. El pasado era la parte anterior al punto elegido en la espiral infinita, hija del cuadrado. El pasado era infinito porque el cierre de la espiral es también infinito. Sin embargo, en el cogollo siempre existiría un cuadrado, pues, como los primeros medidores del tiempo nos lo enseñaron —¿cuándo?, no sé, hoy que el tiempo se precipita en la oscuridad del anonimato primario— en el centro de toda espiral existe un cuadrado.

Recuerdo, cuando niño, los maestros que me pidieron a mis padres: el registrador de nacimientos que anotó mi nombre en los códigos hizo saber a la Escuela de Medidores del Tiempo y a mi familia que había sido engendrado en el séptimo día del cuarto mes de la luna del vigésimo octavo ciclo de días que marca la primera cuarta parte de vida de un hombre, tiempo que el que penetra la tierra y anima a las semillas niñas a despertar y a subir empujándolas amable como guía de cachorros, padre que apresura a sus hijos o maestro que señala dirección, invierte en circundar en ciento cuatro períodos iguales a la otra luz que lo arrastra en el tachonado infinito de luces hacia el juego de equilibrios totales.

Recuerdo la sonrisa, como ondas que surgen de estanque tranquilo, del anciano preceptor infantil que me recibió de manos de mis padres y tomó la mía, pequeña, entre las suyas, amplias, y, sin mirarme, elevó la vista hasta arriba, jalando hacia donde mismo la mía, y luego, dejándome allá, volvió los ojos hacia mis padres estableciendo un hilo de entendimiento.

— El viento susurrará los secretos de la muerte en los huecos que quedarán donde hoy tiene sus tiernas orejas, su cabeza será de las que se pondrán, cuando cumpla su último día, entre las de nuestros padres y abuelos que miden el tiempo en el ombligo de la Ciudad de los Eclipses. Pero no se preocupen, todavía no termina de jugar, y aún falta para que piense en mujer, y para que dedique otro cuarto de vida a la meditación de las cosas del mundo, y se entregue en la última etapa a volver al origen, en la vejez constreñida que se cierra como flor juntando sus pliegues, desmoronando sus pétalos en polvo de vida. No dejen salir agua de sus ojos, siéntanse orgullosos de entregar al estado el fruto primero de su matrimonio temprano —les dijo.

— El retoño, luna pequeña como blanco de uña, se llama Colibrí —respondió mi madre—, le gusta la miel del huevo de hormiga, y dice que cuando las caza se siente gigante que se derrumba persiguiendo insectos. Nos espantan sus palabras. Es torpe y descuidado, todavía no aprende la lección del Hormiguero, es muy inquieto y, cuando los maestros llevan a los niños a observar y a contemplar las filas de hormigas, se distrae con los

colibríes, no sabe mirar a las abejas, como los maestros enseñan a los otros niños, quiere quitarles la miel. Mírele los piquetes. Nunca le duelen, siempre llega a casa sonriente. Las otras mujeres dicen que no le duelen porque nació en eclipse, y que eso es una señal.

— Colibrí —dijo al preceptor, volviendo hacia mí la vista, haciéndome regresar de donde antes había puesto mis ojos.

Sonreí sin entender nada, mas que se pronunciaba mi nombre. Mi madre separó respetuosamente su mirada del anciano preceptor, y, discretamente, sin hacerse sentir, entró a la casa para traer algunas cosas. El preceptor puso una de sus manos sobre mi cabeza removiéndome el cabello. Volvió la voz hacia mi padre.

— Joven, pulcra, decorosa y dulce compañera tienes por esposa, varón. Quién te la dio.

— El abuelo paterno de la criatura que ahora te llevas —respondió mi padre— la eligió para mí cuando niña. La pidió a mis suegros para que fuéramos juntos a los juegos infantiles de las danzas que imitan animales. Nos educamos juntos en la misma comunidad con los mismos maestros. Fuimos juntos a los núcleos que preparan para entender el cambio de cuerpo de nuestra primera edad. Una vez iniciados, fuimos separados y ella eligió dedicar sus manos a modelar el barro con que se hacen figuras humanas con cara de niños, y yo dediqué las mías al manejo de las semillas para hacerlas crecer más, para que alimenten mejor nuestros estómagos. Mi trabajo es el de la separación de los granos que deben volver a sembrarse y los que deben comerse. Ella atiende la casa y a veces hace figuras que llevo al mercado y cambio por semillas hijas de la pochota, que son la moneda de nuestro pueblo. Siempre tengo semillas en las manos, aún en el sueño. Hoy se lleva usted a la que más amo, a la que más he depurado de imperfecciones, de la que esperaba mejor cosecha. No verlo, será como si la distancia lo cubriera con tierra, pero nosotros esperaremos pacientes a que florezca, cuando sea el momento de que pasemos a su tutela y sea nuestro protector, nuestro nuevo padre. No tendremos la alegría de las otras parejas que ven prosperar a sus hijos y gozan de ver cómo el cuerpo del niño y de la niña se hacen hombre y mujer. Mi esposa no quiere los regalos que el estado otorga a los padres en estos casos, quisiera que los maestros le enseñaran pronto el arte de dibujar las palabras en la corteza del árbol y que los corredores que traen el pescado del agua salada, cuando pasen por aquí, traigan noticias suyas. Ya he empezado a aprender los símbolos para leer los dibujos que vengán.

— Con prudencia hablas, varón —dijo el anciano—. Lo que deseas será satisfecho. La primera escritura que se enseñará al niño será la que pides, en tanto otros dibujarán su voz para ustedes. Además, durante los primeros cuatro ciclos pasará cuarenta días con ustedes, doscientos sesenta con nosotros, y sesentaicuatro en vigilia en el que será su póstumo hogar. Luego, en la segunda edad,

ya nada más los cinco días de cada cuatro veces trescientos sesenta y cuatro días. En la tercera edad él será libre de elegir el momento de llevarlos a su lado. La fidelidad de ustedes al calendario de la vida matrimonial es la causa de que tomemos al niño. Saben que, si no manifestara vocación en los primeros dos períodos, les será devuelto para que la comunidad aproveche sus conocimientos.

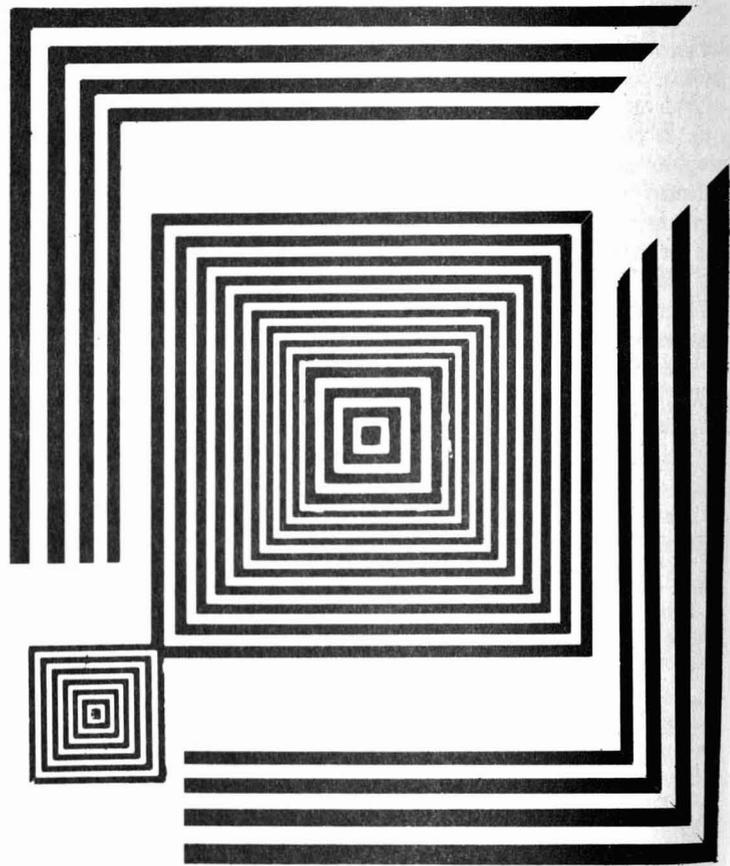
—No son esas nuestras esperanzas —agregó mi padre—. Dijimos la verdad ante el registrador de nacimientos. Mi esposa dibuja en una figura las fechas desde que vivimos juntos. Son los objetos en que tomamos nuestros alimentos los cinco días de cada cuatro veces trescientos sesenta y cuatro días.

—Lo sé, lo sé —dijo el anciano—. Su fidelidad al cálculo del tiempo es indudable. Lo decía para humedecer y endulzar con esperanzas la sequedad y lo salado que deben tener en la garganta.

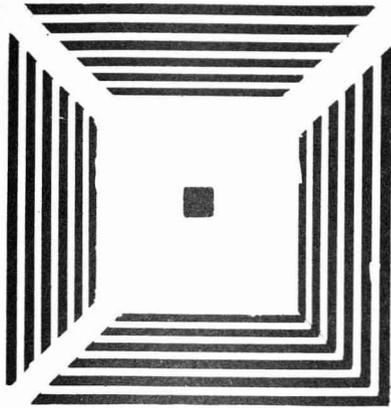
—Gracias —respondió mi padre, cuando mi madre se acercaba de nuevo.

—Aquí está la bolsita de piel en que dibujé el nacimiento de Colibrí —dijo ella—, adentro van huevos de hormiga. Si es posible respéntenle esa inclinación. Las mujeres dicen que es azúcar más dulce que la hija de caña y hace fuertes a los niños. Aquí está la tela blanca para cortar su ropa, la tejió mi madre. En esta cajita van las varitas y las semillas para que se inicie en la cuenta de lo que dan las manos. Las varitas son del huerto de mi suegro, las semillas son el primer producto de la primera figura que mi esposo vendió en el mercado. Son trece veces siete, como se nos pidió. Puse siete más por si se extraviaran algunas. Mi padre pintó las semillas tres veces cuatro de color rojo y trece veces tres de color verde. Las otras siete están pintadas igual. Mi suegra hizo los colores con las raíces del árbol que sembró mi suegro el día en que nació mi esposo. Los hilos con que tramó mi madre la tela son de los telares de todas las mujeres de la familia y amigos cercanos.

—Gracias, señora —respondió el anciano—. Colibrí será enseñado a amar a sus padres y abuelos, y desde que aprenda las primeras cuentas hasta que sepa calcular el tiempo y los eclipses, tendrá siempre presente que los objetos que manejan las yemas y los dedos de sus manos han sido elaborados por toda su familia. Cuando toque las semillas y las varitas y aprenda los significados de los colores y de las distribuciones, se sentirá siempre cercano a ustedes. Usted sabe que su primera prueba será recordar todo esto, la mezcla de los efectos en los objetos y saber identificar la mano que cada uno puso en cada cosa y reconstruir la actividad de cada quien y el espíritu que movió a la arquitectura de sus instrumentos de uso cotidiano. Me voy, porque es tarde y los demás recolectores de niños me esperan. Han caminado durante veinte días pueblo por pueblo, haciendo lo mismo que yo. No habíamos peregrinado desde hace dos ciclos de trescientos sesenta y cuatro días. Había-



mos estado esperando que se reunieran suficientes casos. No sólo llevamos candidatos para el Colegio de Medidores del Tiempo, sino también para el Colegio de Mantenedores del Conocimiento, el Colegio de las Escrituras Antiguas, el Colegio de Preservadores de la Materia y el Colegio de los Maestros que curan el cuerpo. Llevamos muchos niños a la Ciudad de los Eclipses. Muchas semillas, señor, de las que esperamos la más pródiga cosecha. Los niños son el bien más grande con que el estado cuenta entre sus haberes. Ellos son la garantía del mantenimiento de la cultura creada por nuestros padres. Habrá cinco días de flores y cantos para recibirlos. El director de la ciudad de los eclipses ha ordenado que haya juegos en el lugar del cuadrado central que está frente a la casa de gobierno, la casa de ceremonias, la avenida mayor y las estructuras de calaveras que miden el tiempo. En esos cinco días, los niños harán lo que quieran y el pueblo podrá regocijarse mirándolos jugar. Señora, en el albergue infantil que está en el manantial, las ayas esperan a los niños. A todos se les ha dicho que van a ser llevados a una fiesta a la Ciudad de los Eclipses,



todos están contentos. Trate de que Colibrí no descubra el dolor de sus entrañas. Buenas tardes, la partida será al amanecer. Desde la colina, el pueblo verá partir a sus hijos por el sendero que desciende como serpiente hacia el valle.

Esto fue lo que recuerdo que dijo el anciano preceptor y lo que dijeron mis padres. Lo recuerdo porque tuve que reconstruirlo el día en que salí del Colegio de las Escrituras Antiguas para incorporarme al grupo de aspirantes a medidores del tiempo, que todavía tenían que pasar otras etapas entre los mantenedores del conocimiento y entre los preservadores de la materia. Recuerdo la voz del maestro que me examinó.

— Ya sabes leer lo que se dibuja sobre los objetos —me dijo—. Ahora tendrás que aprender a leer lo que está detrás de los objetos.

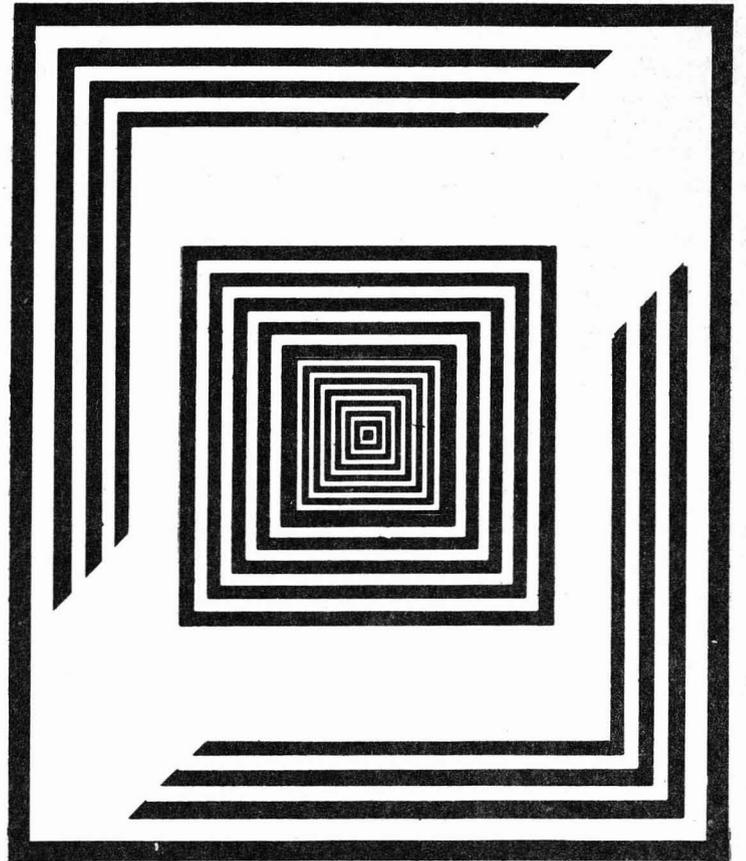
El que baja para hacer que las semillas despierten y suban llenó de luz la mañana. Las miradas de los padres, desde arriba de la colina, se movían como abejas prisioneras queriendo ir tras la miel de sus hijos. El hormiguar de los niños en la vereda, su ir y venir, desorbitaba los ojos de los padres que trataban de identificar a lo lejos a sus retoños. Pocos volvíamos la vista, el suelo y sus irregularidades consumían nuestra atención. Recuerdo borrosamente que la gente de la colina se fue convirtiendo en colores, parte del paisaje, hasta fundirse en el anonimato del verde. Adelante iban los maestros; a los lados, las ayas; en medio, los niños; y atrás, los hombres que cargaban nuestras pertenencias.

En el centro de toda espiral existe un cuadrado, en el cogollo del tiempo y de todo. El pensamiento es una espiral con un cuadrado en el centro. El pensamiento es espacio y tiempo. Todo ocupa un lugar dentro de la cabeza y se mueve en el tiempo.

— Concéntrate —me decían mis maestros—. Mira ese cuadrado, fíjalo, toma cualquier esquina de él y ve hacia dentro o hacia afuera, hacia donde quieras.

Esto fue más tarde, cuando en la tercera edad, conocedor de mi naturaleza, satisfechos los apetitos inmediatos, mi mujer y mis hijos en casa aparte subsidiada por el estado, y mis visitas cada cinco días; cuando en la tercera edad, ya en pleno, entregado a la meditación podía incursionar en mi cuerpo. La pasión por el ejercicio del cuadrado en la expansión excéntrica o en la introspección concéntrica absorbía mi tiempo y me abismaba en ella como cuando niño.

— Todavía a tu honrosa edad —me decía mi madre, mi nueva hija—, Colibrí, no dejas de jugar. Vienes a tu hogar y olvidas a tus hijos, esposa y padres, y te adormeces a la sombra del pirul. Tu familia quiere estar contigo siquiera este día. Tus hijos dicen que les has dicho que estás dando vueltas y más vueltas, que vas y que vienes, que cuando crezcan les enseñarás a hacerlo. Mira, hijo, tus gustos por los huevos de hormiga eran explicables, pero los



pequeños frutos del pirul, dicen las mujeres que curan con hierbas, que son peligrosos, que provocan el sueño.

— Madrecita —le decía yo—, son más dulces que el huevo de hormiga y me ayudan a pensar.

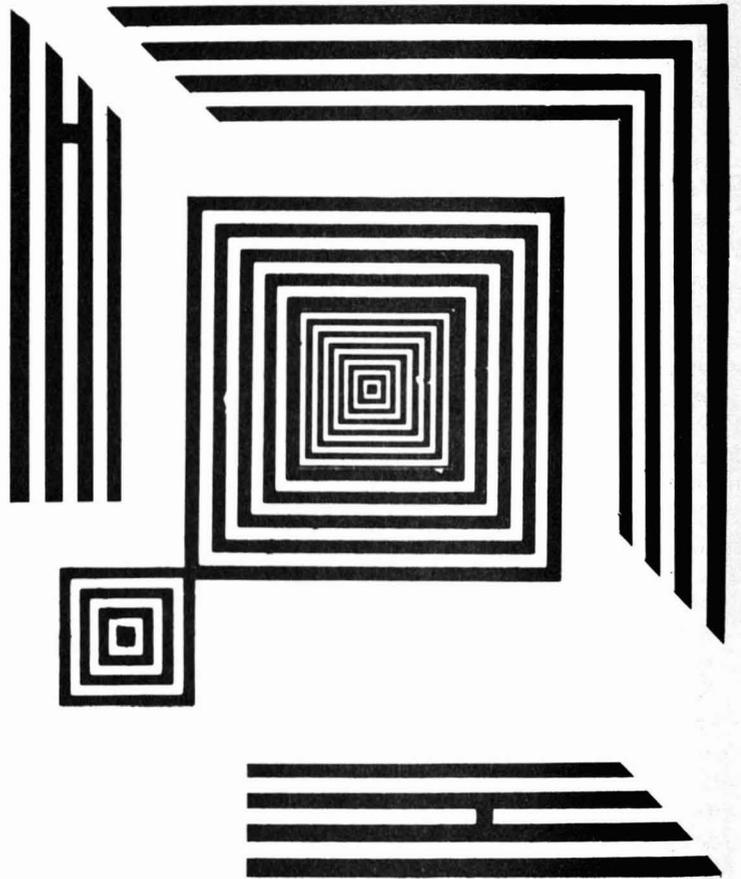
— Sigues siendo un niño a tu tercera edad —me replicaba—. Recuerda que ya eres uno de los medidores del tiempo y que la gente habla, y viéndote así como estás, al pasar por la calle, pueden formarse un mal juicio de ti y de tu familia.

— Madrecita —le decía—, no se dan cuenta de lo que hago. Me ven desde lejos y aprecian otra cosa en mi adormecimiento.

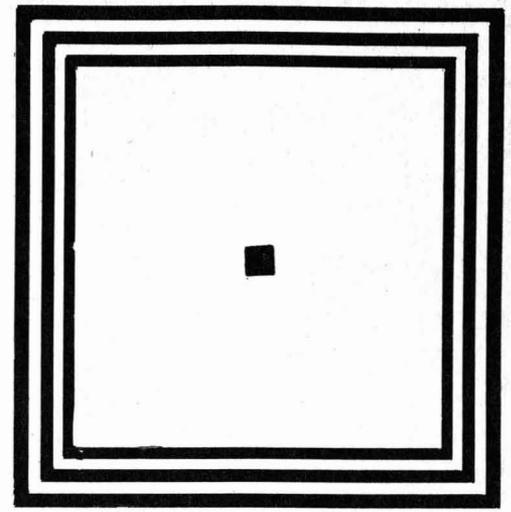
El tiempo y el pensamiento son una espiral infinita con un cuadrado finito en el centro. Yo lo estoy haciendo girar. Recuerdo cuando niño, los maestros que me pidieron a mis padres. Aquí he llegado a un mismo punto en la espiral. El pasado es lo que pensé antes y ocupa la superficie de un cuadrado, cuyas esquinas están determinadas por otros puntos de la espiral. Es un sistema logarítmico. Aún adelante de ese punto en la espiral está el pasado. El presente es esta noche sin luces, en que todas se han



ido pronosticando la tragedia del derrumbe del tiempo. Todas han arrojado sus lanzas para ayudar a nuestros guerreros, que hoy persiguen a los que se llevaron el metal amarillo en los vehículos que hicieron usando nuestros sacros calendarios como ruedas, que hoy se hundan en el pantano sucumbiendo al peso de la ambición llevándose el tiempo al fango. Ni todas las luces del cielo, en auxilio de nuestros guerreros, podrán vencer a éstos que traen la lepra, el cáncer, los chancros que derruirán nuestra sangre. La epidemia cundirá. Pero son hombres, aunque caminen sobre animales más hermosos que ellos. Y, aunque intenten instalar de nuevo el tiempo, habrán perdido su origen, no saben el huevo de que son hijos, no conocen a *Je*, y su futuro será siempre incierto, abstracto, sin raíces, árbol desgajado por el viento y siempre llevado a la deriva. Escucho en la tormenta el ruido de las raíces extirpadas por veinte veces veinte cuatrocientos grupos de ocho mil animales más hermosos que hombre tirando al látigo de sus amos el árbol de los orígenes. A *Je* le arrancan la muela del juicio. La naturaleza se conjuga con las lanzas de todas las luces del cielo. Pero ni los rayos podrán acabar con ellos Aunque esta noche vomitarán agua sus ojos no habiendo visto nunca noche semejante. Noche triste. Simple palabra para medir lo que pasa. El presente es esto. El futuro, un árbol aéreo, sin raíces. No podrán instalar el tiempo ya nunca más. Es lo que están destruyendo. El presente es esta noche oscura, con luces apagadas. Quienes nos miraban desde arriba han apagado sus teas para no ver la tragedia. Agua sale de sus ojos y penetra en mis poros, ahondándose. Mi patrimonio es esta oscuridad. Vacuo legado para mis hijos. Ya sólo me queda la espiral y el cuadrado, únicos instrumentos imperecederos. Me dijo el director de la ciudad de los eclipses que la decisión final quedaría en mí, que debía decidir acerca de las estructuras de calaveras que miden el tiempo, que mañana vendrían a verme representantes de todos los altos colegios. Es imposible cifrar un programa, calcular la proximidad de la ruina. El presente es hoy, el futuro ya no existe, no puedo medirlo. Debo concebir un medio para guardar la espiral y el cuadrado y volverlos una semilla. Debo concebir una semilla. Traerla de la nada, del huevo, de *Je*, del cuadrado interno, de mi núcleo, de mi más íntima constitución, del centro total de todo, que no está en ninguna parte, ni en lo grande ni en lo pequeño, ni en el principio ni en el final, ni en lo intermedio donde habito. La mitad del huevo, la noche, me tiene a mí por yema, por membrana reticulada, por cruce de todo, por núcleo cúbico de toda la estructura externa y toda la estructura interna, ninguna mayor ni menor que otra, más que para el que está entre ellas. Miro las yemas de mis dedos, las espirales que cierran los surcos de mi carne y se disparan hacia mí, para armarme. Miro esta otra yema, la de mi piel, donde comenzamos como un solo impulso excéntrico, fruto de pura urgencia expansiva. Pero, cómo la miro, si la noche está oscura. Nunca he visto



tanta oscuridad acumulada. Soy nada en esta noche. Soy el puro núcleo que a sí mismo se mira en la oscuridad total, el tiempo y el espacio que se intersectan en el huevo del pensamiento. Mi cabeza es un huevo, incubado: el cascarón, el tiempo; lo interno, el espacio; y lo que pienso, la yema, que otra vez lo envuelve todo, porque todo lo externo cabe en su interior. Topocronía. Tela tramada sin derecho ni revés. Piel delgada del todo y de la nada, que no son lados, ni extremos, ni límites. Pura trama con múltiples cuadrados, de donde hacia dentro y hacia fuera, hacia arriba y hacia abajo, hacia todas partes, se proyectan con logarítmico impulso táctil las múltiples espirales en que vuelven a confluir todos los interiores y todos los exteriores, absorbidos por el núcleo del torbellino total, que busca eternamente su casa y llega y vuelve a salir inverso transpasando un cuadrado que todo lo invierte y lo devuelve con el mismo impulso que traía. Oh, cuadrado invisible e intangible, padre de todas las espirales, logarítmicos impulsos táctiles, que se cruzan, tocan e intersectan, generando las yemas de su huevo, la gota que se destila y cae al



ritmo que ella misma se impone, y se reintegra al agua, que siempre se busca y se adhiere sin ningún pegamento, y se despegas porque no está adherida, porque no es pieza que embone con otra. Dónde han estado mis lágrimas antes, dónde estarán después. A qué otras gotas se han de adherir y de qué otras se han desmembrado, sino a lo mismo, gota, huevo que a cualquier otro huevo se adhiere atravesando el cascarón que se resquebraja y une con su par, como los núcleos de donde vienen el gene y el óvulo, que se eclipsan como dos gotas en una nueva, que madura hasta sus higos, huevos que cuelgan como gotas que dan genes y óvulos que se buscan como el agua. Por eso calculamos los eclipses, en que la oscuridad y la luz se encuentran como gotas y dan algo nuevo que no es la oscuridad ni la luz, sino el silencio, el movimiento en el tiempo, hay silencio. Cuando hombre y mujer eclipsan y envían lo que ha de encontrarse, se quedan en silencio, en el silencio en que el gene va en su espiral en búsqueda del óvulo vibrante que lo espera en el núcleo de su cuadrado, para que llegue sin perderse. Sólo uno encuentra en su búsqueda ciega, los demás se apagan como luces en el cielo. El cielo es una gran eyaculación: por la noche, las estructuras de los genes intermitentes; por el día, la voz luminosa del que levanta a las semillas, gene que viene con su luz a los dormidos óvulos bajo la tierra, para que se desesperen y suban. Todo lo grande y todo lo pequeño no se escucha con oídos intermedios. Dónde han estado mis lágrimas antes, dónde estarán después, por qué han venido a anidar en mis ojos, que en este momento no ven nada y sólo son manantiales de dolor. La única manera de verme es tocarme en esta oscuridad en que soy la yema del huevo en la mitad de la noche. La espiral en que se cierra la piel contra la espiral en que se abre el pensamiento, núcleo cuadrado, padre de todas las espirales.

Recuerdo y muevo la espiral de mi núcleo. Recuerdo cuando niño los maestros que me pidieron a mis padres. Recuerdo aquel cuadrado de mi infancia, los niños que iban a la ciudad de los eclipses. Recuerdo al preceptor cuya calavera yo mismo coloqué en las estructuras que ahora son mi responsabilidad. Me fue a sacar de los huevos de hormiga, me ofreció los pequeños frutos del pirul y sopló una semilla de pochota que se fue lenta, envuelta en su algodón.

—Prueba —dijo—, son tan dulces como los huevos que te gustan tanto.

Los niños jugaban a la orilla del riachuelo. Me acerqué, no dije nada. Observé los frutillos, les quité el delicado cascarón y chupé varios a la vez. El anciano me contemplaba. Trozó una horqueta de unas ramas vecinas y la puso en mis manos. Me pidió que hiciera dos caminitos para hormigas. Caminé derecho arrastrando la horqueta, de manera que dejé dos surcos paralelos. Me tomó el anciano y me llevó a unos pasos frente a él.

—Ahora, ven hacia donde estoy —me dijo— y haz otros dos caminitos.

Obedecí. Cuando llegué a él, me condujo al lugar donde se habían cruzado las parejas de paralelas.

—Qué hay ahí —me preguntó frente al cuadrado resultante.

—Nada —respondí sonriente.

—Haz de nuevo lo mismo, otra nada.

Lo hice automáticamente.

—Qué hay —me volvió a preguntar.

—Algo —le contesté.

—Algo, no nada —afirmó tranquilamente—. Ese algo es todo —señaló.

No entendí lo que quería decir. Luego, retomó la horqueta e hizo un círculo.

—Esto es nada —dijo—. Lo otro es todo.

Fueron los primeros nombres que les conocí al cuadrado y el círculo: todo y nada. Regresó con la horqueta al cuadrado. La puso en una esquina de él, haciéndola girar hasta trazar un cuarto de circunferencia. Enseguida, trozó la horqueta y apoyó uno de los palitos en la segunda esquina del cuadrado y el otro en el extremo de la curva iniciada; a continuación, trazó otro cuarto de círculo. La curva creció. Puso, luego, un palito en la tercera esquina y con el otro desarrolló un pedazo más de la curva. Hizo lo mismo en la cuarta esquina, y así sucesivamente prosiguió agrandando la línea, que se empezó a convertir en una espiral. Cuando sus extremidades no le alcanzaron ya para continuar abriéndola, me tomó de una mano para que los dos siguiéramos haciéndola crecer. Cuando sus brazos y los míos ya no podían abarcar más, vinieron otros niños movidos por la curiosidad. Las ayas los formaron en hileras y uno a uno se fueron aproximando sumándose para extender el trazo de la espiral. Las mujeres reían principalmente del anciano preceptor. Al rato, el juego cesó. La curva topó con el agua a la orilla del río. El anciano me hizo una pregunta, todavía tomados de la mano.

—¿A dónde iríamos, si pudiéramos seguir el camino que estamos haciendo?

Pensé y respondía sin gobernar mis palabras.

—¡A todas partes, a todas partes!

La voz corrió entre todos los que estábamos tomados de la mano.

—¡A todas partes, a todas partes, a todas partes, a todas partes!

El barullo desató al coro infantil. Nos soltamos de la mano y se formó de nuevo el grupo que íbamos a la ciudad de los eclipses. Los maestros, adelante; el hormiguero de los niños, en medio, cuidando nuestros pies descalzos de las irregularidades del camino y jugando de vez en vez a empujar una piedrecilla con la punta del dedo grande; las ayas, a los lados; y los hombres con nuestras pertenencias, atrás.

